

africano que, al fin y á la postre, tiene asegurado el pan de cada día.

Todos convenimos en que España es en país esencialmente agrícola; que el nervio de la nación vive ó vegeta en el campo; que en las ciudades creamos riqueza inferior á la que deberían tener; porque el campesino, en años de malas cosechas, tan abundantes por múltiples causas, no puede comprar; que, aun perdidas las colonias, la industria creada dentro y fuera de Cataluña puede vivir y prosperar, si el mercado peninsular, es decir, si el campo rinde y tiene dinero, y sin embargo, con saber cosas tan buenas, forzoso es convenir también, en que la ciudad no se cuida de mejorar las condiciones del campesino, y que, cuando viene el período de las vacas flacas, en vez de facilitarle dinero para salvar y consolar las tristezas de su ruina, el labrador no halla dinero más que al precio de usura, que si le rinde cuando la cosecha falta, tampoco le redime cuando la abundancia colma las bodegas y los graneros que sólo ha de beneficiar la garra inmunda del usurero.

Se ha dicho ya, en todos los tonos que es necesario crear bancos agrícolas, se ha hablado en mil ocasiones de la cooperación y el colectivismo en España; ha habido quien con mejor intención que fortuna ha intentado fundar sindicatos y cooperativas que, si han logrado éxitos en la industria, apenas hay ejemplares que imitar en agricultura, y es que aquí, que pasamos el tiempo abominando del poder central y del gobierno, en cuanto nos reunimos cuatro personas para hacer algo provechoso al país, lo primero de que nos acordamos es de la subvención que hemos de pedir al Estado, porque sin estos andadores no sabemos caminar, ni sabemos hacer nada, y como todos la pedimos al gobierno, que es en muchas ocasiones como pedirle á la luna, después de tres ó cuatro reuniones en que se han pronunciado sendos discursos, y se han dicho cosas muy buenas, haciéndose alardes de erudición tan prestigiosos para el orador como inútiles para el bien del país, el proyecto muere de consunción en manos del autor que espera la subvención que no viene y la buena voluntad de las gentes que no se traduce en hechos tangibles en parte alguna. Dada esta idiosincracia, que es la de todas las provincias de España, lo singular es que esta pobre nación no haya muerto ya de inanición, y que á pesar de los pesares, tengamos aún alguna industria establecida con capital es-